

La venganza de la historia

Hegemonía y contra-hegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible

Emir Sader

Presentación

De la miseria de la política a la miseria de la teoría y a su rescate

Promoviendo el triunfo del economicismo, el neoliberalismo produjo al mismo tiempo un cementerio teórico. ¿Para qué teoría, si los índices del mercado afirman lo que es y lo que puede ser, lo que vale la pena y lo que no sirve, lo que es bueno, lindo y legítimo?

Décadas de hegemonía de descalificación de la teoría permitieron al mismo tiempo el triunfo del esoterismo y de la autoayuda como modalidades más difundidas de lectura -funcionaron como *ersatz* para aquellos que no encuentran instrumentos para descifrar la realidad. La desmoralización de la capacidad de transformación colectiva del mundo condujo al autoanálisis.

La descalificación de los grandes proyectos de apropiación por el hombre de la capacidad de ser sujeto de la historia condujo al esoterismo. Gobernantes, supuestos gurus y columnistas económicos “explicaron” todo: que la realidad es lo que es, que el horizonte insuperable de la acción y de la conciencia humanas son los índices de mercado, que los seres humanos nacieron para luchar de forma egoísta por sus intereses.

No fue la última vez que, con el “fin de la historia”, se decretó el fin de la teoría. La doctrina congelada de la Unión Soviética había asumido la historia como teología, frente a la cual no había lugar para la teoría. ¿Qué descifrar, si todo estaba ya descifrado? Cabía apenas medir, por los análisis de coyuntura, como un termómetro, tomar la temperatura del enfermo terminal -el capitalismo-, para saber con qué ritmo transcurriría su desenlace. La Unión Soviética ya estaría en el umbral de la sociedad sin clases y sin Estado -el comunismo en su primera fase. Los manuales darían cuenta de las “verdades”. “Verdades” que, según Henri Lefevre, serían apenas “el camino más corto entre dos citas” de los clásicos, depositarios de las leyes descifradas y de la teoría de la historia.

La “segunda muerte” de la teoría se daría a manos de otra concepción diametralmente opuesta, aunque igualmente determinista. Combinando nuevamente el “fin de la historia” -también originada de la interpretación hegeliana¹-, la “dictadura de los mercados” denunciada por Ignacio Ramonet² sometía la política a sus dictámenes. El espacio en que debería constituirse la voluntad general de la ciudadanía se tornó un obstáculo a los designios racionales de la economía. Por más que las elecciones sean corroidas por el dinero y por el marketing, todavía representan un momento de “incertidumbres”-lo que el mercado, fuente esencial de las inestabilidades, más detesta. A la miseria política correspondía la miseria de la teoría.

Esta miseria consiguió reducir gobernantes individualmente tan dispares como Fernando Henrique Cardoso, Carlos Menem y Alberto Fujimori, por ejemplo, a presidentes que, en lo esencial, simplemente pusieron en práctica la misma política, originaria del Consenso de Washington. De la misma forma que los gobiernos de François Mitterrand en Francia y de Felipe González en España, partidos con tradición en la elaboración teórica se destacaron por la ausencia de tal elaboración, hasta en función de la hostilidad de parte de grandes sectores de la intelectualidad de izquierda frente a gobiernos que abandonaban las tesis tradicionales de

la izquierda. Al contrario de significar la elevación del debate y de la creación intelectual, estos gobiernos se correspondieron con la crisis también en esos planos.

En el Brasil no sucedió lo contrario. A pesar de ser un caso especial, sin precedentes en la historia, por tener durante ocho años un académico del área de las ciencias sociales en la presidencia de la República, con producción intelectual sobre temas directamente vinculados al ejercicio del gobierno, los años de mandato de Fernando Henrique Cardoso fueron igualmente miserables. La combinación entre el desprestigio de la política, por la dictadura de la economía, y la descalificación expresa de la oposición, de la divergencia y del debate realizados por el ex presidente brasileño, de acuerdo con el “pensamiento único”, respondieron por la miseria de la teoría en los años noventa en el Brasil.

La intelectualidad crítica, por su parte, permaneció, en general, entre el aislamiento y la fragmentación académica y la impotencia de las denuncias. La trayectoria de la izquierda partidaria, a su vez, en la dirección de su institucionalización, se fue distanciando cada vez más del medio intelectual, formulando sus posiciones más en función del debate político propiamente dicho de que en la producción teórica. La propia distancia de la dirección nacional del Partido de los Trabajadores (*Partido dos Trabalhadores*) en relación a un acontecimiento tan innovador y que aglutinó gran parte de las nuevas producciones teóricas como el Forum Social Mundial de Porto Alegre, revela cómo caminaban en planos diferentes la evolución política de tal partido y la resistencia social, cultural y política al neoliberalismo.

El pensamiento crítico brasileño se apoyaba en dos vertientes diferenciadas: la tradición marxista -originada antes del golpe de 1964- y la incorporación de la tradición democrática, sea en la vertiente liberal, sea en el marco del pensamiento gramsciano (incluida la interpretación hecha por Norberto Bobbio), sea en el pensamiento foucaultiano y otras vertientes como las de Claude Lefort y Castoriadis. El pensamiento marxista tradicional, por su parte, a pesar de enriquecido por el pensamiento gramsciano- en especial a partir de las obras de Carlos Nelson Coutinho -, asumió un carácter que Perry Anderson englobaría como filiado al “marxismo occidental”³, por la temática y por la metodología -centradas más en los análisis del mundo de la cultura que en el de la política y de la economía. La creciente distancia de la práctica partidaria -más acentuada después de la campaña electoral de Lula en 1994- fue funcional a esa evolución. El Partido de los Trabajadores y la práctica teórica de la intelectualidad crítica caminaron por vertientes paralelas, mirándose, pero definiendo cada uno sus propios caminos.

Lo que fue un elemento de fuerza en la constitución del pensamiento marxista -la articulación entre la economía, la sociología y la política, expuesta de forma más articulada en la obra de Caio Prado Jr.- quedó relegado a sus orígenes. Con la historiografía sin continuidad, la economía fue ocupada por los análisis estructuralistas, de origen cepalino⁴, permaneciendo los análisis marxistas, en general, con carácter sectorializado o monográfico -en la sociología, en la teoría de la literatura, en los estudios sobre la propia teoría marxista-, consolidando entre nosotros esa marca del “marxismo occidental”. La producción académica, a su vez -que en Brasil alcanza un nivel de rigor en la elaboración y de riqueza en la producción de análisis incomparables en el mundo de hoy-, sin ese referencial histórico amplio, quedó prisionera de la división intelectual del trabajo, sin proyectarse para el debate público general en la sociedad.

En el plano internacional, la primera mitad de los años noventa fue de fuerte hegemonía neoliberal. En la economía, con la generalización de las políticas de ajuste fiscal y con su correlato: “el pensamiento único”. En los planos social y político, las repercusiones de la imposición de la polaridad entre democracia y totalitarismo -reforzadas por el triunfo liberal en los regímenes del Este europeo y por el fin de las dictaduras militares en el Cono Sur- que favorecieron la hegemonía del liberalismo, identificado con democracia.

Sin embargo, en la segunda mitad de 1990, después de aceptarse aparentemente la imposibilidad de los que pasaron a llamarse “grandes relatos”, pensadores críticos como Francois Chesnais, Perry Anderson, Giovanni Arrighi y Robert Brenner retomaron los grandes análisis sobre el carácter del período histórico, sobre el proceso de acumulación capitalista y sobre la naturaleza de la hegemonía neoliberal en el capitalismo. En Brasil, pensadores como José Luís Fiori, Francisco de Oliveira, Maria da Conceição Tavares, entre otros, mantuvieron

un punto de vista crítico respecto a las políticas del gobierno Fernando Henrique Cardoso, aún cuando el pensamiento crítico o el propio Partido de los Trabajadores formularon también alternativas y formas de ruptura con las políticas neoliberales.

El triunfo electoral de Lula en las elecciones presidenciales de 2002 fue el resultado, ante todo, del fracaso de las políticas del gobierno Fernando Henrique Cardoso. Desde el punto de vista de la acumulación de fuerzas de la oposición, ella capitalizó su resistencia al gobierno, la crisis del bloque en el poder, las condiciones regionales e internacionales favorables a alternativas al neoliberalismo. Sin embargo, el triunfo electoral de 2002 no fue resultado ni de un gran ciclo de movilizaciones populares ni de grandes construcciones teóricas o políticas. Tanto, que el Partido de los Trabajadores llega al gobierno sin disponer de una alternativa para salir de las políticas neoliberales, tal como Lula se había propuesto.

En sus veinte años de existencia, en los que se proyectó como la principal fuerza política y partidaria del país, con una impresionante trayectoria, el Partido de los Trabajadores no llegó a construir su propia teoría, y así, en un caso único en las trayectorias de partidos más o menos similares, no generó su propia intelectualidad. Incorporó una parte de la intelectualidad preexistente, se asoció a otros intelectuales emergentes en esas dos décadas, pero su práctica política no iluminó una nueva práctica teórica, no definió nuevas problemáticas ni orientó nuevas modalidades de producción intelectual; lo que resulta más significativo -probablemente del camino empírico y pragmático asumido cada vez más por el Partido de los Trabajadores- justamente por la importancia que ese partido fue ganando en el Brasil, en América Latina y en el mundo.

El Partido de los Trabajadores llegó al gobierno sin contar con una teoría de salida del neoliberalismo y sin contar con una producción teórica que posibilite construir una sociedad pos-neoliberal -a pesar de las críticas acumuladas al neoliberalismo, comenzando por aquellas ya citadas, contener elementos básicos para enfrentar el nuevo período histórico, no apenas por apuntar los caminos que no deben ser trillados, sino porque analizan experiencias históricas anteriores que deben servir de referencia.

La crisis hegemónica generada por la realización y por el consecuente agotamiento del neoliberalismo -como política y como modelos de sociedad- es al mismo tiempo una crisis política y teórica, que requiere prácticas políticas nuevas y nuevas capacidades de elaboración teórica. Este libro no pretende suplir esas deficiencias, sino apuntar para el marco histórico en que vivimos y ayudar a diseñar los nuevos espacios en que esas nuevas prácticas políticas y teóricas deben darse. En este sentido, el libro -y yo, como su autor- es tributario de la misma práctica política y teórica que lo produjo. No pretendo hablar fuera de ella, ni eximirme de las responsabilidades que esto acarrea.

Deseo reafirmar que sus eventuales méritos son resultado de la formación que pude disfrutar, siempre en la escuela pública, desde el curso primario (actual *ensino fundamental*) en el Grupo Escolar Marechal Floriano, en Villa Mariana, hacia fines de los años cincuenta, pasando por los estudios nocturnos, en el mismo edificio, en el Colégio Estadual y Escola Normal Basílio Machado, hasta llegar a la entonces Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo, situada en aquella época en la calle Maria Antonia, en el centro de San Pablo, donde me gradué en filosofía ya en la primera mitad de los años sesenta. Obtuve la maestría en la segunda mitad de esa década, con la disertación *Estado e Política em Marx*⁵ y, posteriormente, después de trece años de exilio en Chile, Argentina, Italia y Cuba, concluí el doctorado en ciencia política con la tesis *Crise de hegemonia e de representação política no Brasil*.

Paralelamente, fue en otro espacio no menos público, el de la militancia social y política en organizaciones de izquierda, que pude acoplar la teoría aprendida a la práctica concreta. A todos los que me dieron y dan lo mejor de sí por la construcción de otro mundo -un mundo sin explotación, sin dominación, sin discriminación, sin alienación-, dedico este libro.

Marzo de 2003

Notas

1 Ver Perry Anderson, O fim da história de Hegel a Fukuyama, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1992.

2 Ver Le Monde Diplomatique, mar. 1997.

3 Ver Perry Anderson, Considerações sobre o marxismo ocidental, São Paulo, Boitempo, en impresión.

4 Referido a la Cepal (Comisión Económica para América Latina), organismo de Naciones Unidas creado a fines de la Segunda Guerra Mundial, para dedicarse al problema del atraso en el desarrollo económico de la región.

5 Tesis publicada en 1991. San Pablo, Cortez.

Primera parte

La historia y sus venganzas

Ningún siglo fue más “histórico” que el siglo pasado, en el sentido que ninguno supuso mudanzas y transformaciones tan radicales del movimiento histórico, en diferentes sentidos y en un espacio relativamente tan corto de tiempo. Basta decir que una parte de la humanidad rompió con el capitalismo, inaugurando una época de polarización capitalismo/socialismo; posteriormente, una parte de esa parte resolvió volver al capitalismo. Lo que, en otras palabras, significa que ni “la historia camina para el socialismo” ni “el fin de la historia” desembocó en el capitalismo. Esto es, no hay teología en la historia. En vez de caminar y conducir a los hombres en una determinada dirección, la historia es construida y reconstruida por la lucha concreta de los hombres, a partir de las condiciones históricas que estos encuentran, es cierto, pero siempre hacia condiciones nuevas.

Simplemente porque el hombre, al contrario de otros animales, es un ser histórico; se diferencia de los otros animales, antes que nada, por su capacidad de trabajo y, de tal forma, de transformación permanente del mundo. La formulación de Marx -presente de manera más concentrada en *La ideología alemana*- revolucionó el pensamiento social y las formas en que el hombre se piensa a sí mismo. No apenas por ese carácter histórico, sino especialmente porque la transformación del mundo se hace en función de la necesidad humana de sobrevivencia y acontece, por lo tanto, como regla general, sin que el hombre tenga conciencia de las transformaciones que está operando. De allí el dramatismo de la pequeña frase del prólogo de “El Capital”: “Ellos hacen, pero no saben”. Hacen historia, sin conciencia de que la están haciendo. Ahí está la doble condición de los trabajadores en la obra de Marx y en la realidad del capitalismo: agentes de construcción de la riqueza y objetos de *explotación* y de *alienación*, porque éstas se insertan exactamente en el hiato entre el hacer y su conciencia. De allí la centralidad siempre presente de estos dos conceptos -explotación y alienación- para el pensamiento social y para todos los que quieran comprender la realidad del mundo contemporáneo. La historicidad del hombre y la dinámica histórica son así inseparables de los conceptos de explotación y de alienación: el primero, para explicar la acumulación de riqueza; el segundo, para explicar la dinámica de la lucha de clases.

Los fines de la historia

No obstante, la historia fue evocada como garantía de triunfo para tantos victoriosos y derrotados -siempre efímeros, porque históricos. Nunca se cambió tanto de hegemonía o nunca la hegemonía estuvo tan abierta, a pesar de que una visión retrospectiva podría dar la impresión de que la súper hegemonía en que terminó el siglo XX ya estaba trazada.

Quien -como yo- nació en 1943, vino al mundo en plena guerra mundial, fue contemporáneo de la bomba de Hiroshima, de los acuerdos de fin de guerra, del surgimiento del mundo bipolar (incluyendo el entonces llamado “campo socialista”, con su extensión a Europa Oriental), de la revolución china, de la guerra de Corea, apenas en lo que sería nuestra primera década de vida. En una sola década se pasó de la disputa hegemónica entre el bloque occidental -en el cual ascendían los Estados Unidos como potencia líder confrontando con el bloque cuyo liderazgo era disputado por Alemania- a la disputa, por primera vez en la historia de la humanidad, entre un bloque capitalista y un bloque socialista. En este marco, la revolución china condujo al país más populoso del mundo a sumarse al bloque socialista, en la mayor transformación de la historia de China en siglos.

En aquel momento los vietnamitas derrotaban en su territorio el poderío colonial francés, revelando el potencial de ampliación de ese movimiento en Asia. La lucha anticolonial tenía no sólo un aspecto anti-imperialista, sino que presentaba un potencial anti-capitalista, que en pocos años se generalizaría en la mayor lucha de resistencia al imperio norteamericano. Al mismo tiempo, la revolución boliviana, aquí al lado, tan poco conocida entre nosotros, realizó una radical reforma agraria, sustituyó el ejército por milicias populares y nacionalizó las

principales minas del país, en el medio de una inmensa movilización popular, de obreros y campesinos.

La conciencia política de mi generación fue simultánea a otra revolución, que marcaría toda nuestra trayectoria: la revolución cubana. En mi caso, la primera acción política que realicé, a los 15 años, como militante de izquierda, fue exactamente distribuir un diario, *Ação Socialista*, que estampaba en la primera página la foto de un grupo de barbudos, posando como un equipo de fútbol, en una remota región entonces conocida como “América Central” (el Caribe no existía todavía con ese nombre).

Aunque en aquel momento la distancia entre la revolución china y la cubana pareciese grande, a escala histórica es mínima: apenas diez años separan los dos grandes movimientos, revelando los densos y turbados tiempos en que se vivía. Para comparar basta pensar que el período que transcurrió entre la revolución cubana y la nicaragüense fue el doble de tiempo - 1959 y 1979- y la distancia entre la revolución rusa y la china fue de 32 años. Aún así, de 1917 a 1959, pasaron apenas 42 años, un espacio de tiempo todavía pequeño para la historia.

La extensión rápida e impresionante del campo socialista parecía confirmar las tesis soviéticas de que “el mundo camina para el socialismo” y que “la rueda de la historia no vuelve para atrás”. Hacia finales de los años cuarenta, la Unión Soviética había consagrado en su nueva Constitución que el país entraba ya en la fase de construcción del comunismo, apenas veinte años después de la victoria de la revolución, aunque esto pasara en Rusia, un país semiperiférico del capitalismo. Ya habrían sido abolidas las clases y sus contradicciones, a pesar del fortalecimiento cada vez mayor del Estado soviético, atribuido a la necesidad de defensa del enemigo externo. Una primera versión del “fin de la historia” fue incorporada en aquel momento por la potencia, que creía ser la vencedora del combate histórico⁶. La historia no tardaría en vengarse.

La dimensión que asumió el entonces denominado “movimiento comunista internacional”, si incluimos los estados que lo integraban, los partidos, los movimientos sindicales, los movimientos culturales, las editoriales y la influencia que tuvo, difícilmente pueda ser aprehendida por quien no vivió las décadas de hegemonía de tales fuerzas sobre el conjunto de la izquierda. Pocos podrán imaginar -para tener una idea de la fuerza de ese movimiento- las dificultades de ser militante de izquierda en otras organizaciones que no fueran los partidos comunistas. Estos tenían como retaguardia no sólo el “socialismo realmente existente”, sino que además aparentemente se inscribían de forma inexorable en la lógica concreta de la historia, que consagraba por las vías de hecho el modelo soviético como el sistema que negaba o superaba el capitalismo. La fuerza comunista en el movimiento sindical y la extensa red mundial de los partidos comunistas parecían confirmar la adhesión de la clase trabajadora a este movimiento aparentemente irreversible de la historia.

La bipolaridad mundial entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, mirada desde la actualidad, parece un fenómeno lejano y de difícil evaluación sobre sus reales proporciones. Bastaría citar la tesis del entonces secretario de Estado norteamericano del presidente Eisenhower, Foster Dulles, al referirse a Anastácio Somoza (padre): “Es un hdp, pero es nuestro hdp” (“*It’s a son of bitch, but it’s our son of bitch*”), para tener una idea de cómo todo era iluminado por las luces del alineamiento de uno u otro lado de los dos bloques.

Tal vez más significativa haya sido la evolución de la posición china, como efecto indirecto de la polarización entre las dos superpotencias. Inicialmente alineada con la Unión Soviética, en el período de dirección de Stalin, China comenzó a desenvolver divergencias con Moscú a medida que el proceso de desestalinización fue puesto en práctica. Al mismo tiempo, consolidado el proceso de industrialización de base, en tanto la Unión Soviética fue pasando a definir el estilo de consumo de bienes de la industria liviana, China pasó a acusar un proceso de adopción de formas de consumo y vida “burgueses”. Gradualmente, China comenzó a acusar a la Unión Soviética de ser una potencia imperialista y a calificar el cuadro político mundial como la lucha entre “dos imperialismos”. Este análisis fue evolucionando hacia la caracterización de la Unión Soviética como la “potencia ascendente”-y por eso más peligrosa- y los Estados Unidos como la “potencia decadente”. A partir de allí comenzó la denominada “diplomacia del ping-pong” iniciada sorprendentemente por Mao Tse-Tung y Richard Nixon en 1971, estableciendo una alianza “contra el imperialismo soviético”, en lenguaje chino.

Este alineamiento ya había llevado a China a tomar posiciones hasta entonces imposibles de aceptar en el campo de la izquierda como la de apoyar las guerrillas de Jonas Savimbi

contra el gobierno angoleño, porque estaría siendo sustentado por el “brazo armado del imperialismo soviético”-Cuba. Y haber apoyado el golpe militar de Pinochet, que según palabras de éste había impuesto la primera derrota a escala mundial a la Unión soviética. Sería imposible explicar estas posiciones al margen del efecto polarizador de la Guerra Fría entre las dos superpotencias. La historia también se vengaría de estos análisis, con el desmoronamiento de la Unión Soviética, aflorando con toda su fuerza la superpotencia norteamericana.

Pero cuando para nosotros, situados debajo del Ecuador, surgió la revolución cubana, la historia parecía descongelarse. Hasta entonces la revolución era un fenómeno histórico: la revolución francesa, la revolución rusa, la china, la revolución mexicana, la boliviana. Parecía un fenómeno remoto, geográfica y políticamente. Estaba en los libros -en Lenin, en Trotsky, en Rosa Luxemburgo, en Isaac Deustscher, en Mao. Era posible, porque había sucedido y por las previsiones del pensamiento marxista, y era necesaria, por lo que se vivía del capitalismo.

El triunfo de los barbudos al llegar a La Habana en aquel 1ro. de enero traía lo que Lukács llamó “la actualidad de la revolución”⁷ para nuestro continente, y de la manera más sorprendente. No llegó por alguna insurrección de los trabajadores argentinos o brasileños. No era dirigida por algún partido comunista, ni hablaba su lenguaje. Venía en el medio de un movimiento antidictatorial, dirigido por un grupo guerrillero -primero criticado y boicoteado por el partido comunista, que posteriormente adhirió al liderazgo de los guerrilleros-, independiente de la Unión Soviética y de China.

Las “lecciones de la historia” (o de la “Historia”, si se quisieran reimponer las sacralizaciones que fueron hechas en su nombre) parecían claras:

- la revolución llega por la vía insurreccional y no por la vía institucional;
- la revolución será realizada en consecuencia por movimientos guerrilleros, externos a los partidos comunistas, y no por estos;
- la lucha anti-imperialista y democrática lleva al socialismo;
- el socialismo llegó al continente y se extenderá por vías similares, de carácter insurreccional.

Era comprensible que la influencia de la revolución cubana fuese tan extensa. El continente entraba en un proceso de agotamiento de los modelos de desarrollo puestos en práctica como reacción a la crisis de 1929, proceso que había llevado a la caída de Perón y de Getulio, entre sus efectos más visibles, que ya había inaugurado la era de las dictaduras militares con el golpe “gorila” en la Argentina en 1955 (fue entonces que se originó el término “gorila”), y que se extendería por el conjunto del Cono Sur en las dos décadas siguientes. Inmediatamente a continuación del triunfo cubano, cuando nos llegaban sus espectaculares realizaciones iniciales -como la campaña de alfabetización, la reforma urbana, la reforma agraria, la nacionalización de las grandes empresas extranjeras, la afirmación de la soberanía frente a los Estados Unidos, el armamento del pueblo, la fundación de la Casa de las Américas y sus eventos, etc.- vivíamos como telón de fondo el fracaso del programa de reformas de João Goulart, como una prueba suplementaria de la incapacidad del reformismo de promover pacíficamente las reformas que democratizasen el Brasil y realizasen la cuestión agraria y la cuestión nacional.

La revolución cubana tuvo una influencia mayor sobre América Latina que la revolución rusa sobre Europa, en su tiempo, porque las condiciones históricas de la Rusia zarista eran muy diferentes de las de la región occidental del continente, en cuanto en América Latina, a pesar de las diferencias entre la Cuba prerrevolucionaria y los otros países, éstas eran menores y permitían más comparaciones que en el caso europeo.

En Brasil, la revolución cubana coincidió con una ascensión sin precedentes del movimiento social, con la incorporación de los campesinos, de los funcionarios públicos, de los soldados, cabos y marineros e, inmediatamente, con la ruptura del estado de derecho por el golpe militar de 1964. Éste desató la crisis final del Partido Comunista como fuerza hegemónica en la izquierda brasileña, porque su estrategia llevó a un camino sin salida al movimiento popular -eludido en la existencia de una “burguesía nacional” antiimperialista, interesada en las “reformas de base” del gobierno João Goulart- y porque no estaba en condiciones de enfrentar las nuevas y duras condiciones de la resistencia clandestina. Paralelamente, perdía su fuerza social de apoyo y legitimación fundamental: el movimiento sindical, que funcionaba sujeto al Ministerio de Trabajo y no sobrevivió el pasaje de Estado aliado a férreo enemigo. Dentro del

Partido Comunista Brasileño se inició inmediatamente un amplio debate, que acabaría generando movimientos favorables a la lucha armada contra el régimen militar, que enseguida se inspirarían en una interpretación reductiva de la revolución cubana.

Los tropiezos de los revolucionarios cubanos antes del triunfo, así como el carácter prolongado de la guerra de guerrilla -sea la china, la vietnamita, o la cubana-, permitían que las dificultades y los reveses fuesen computados como tropiezos necesarios antes de una victoria, que parecía cierta. La propia versión que Régis Debray dio en su tan bien escrito libro *Revolución en la Revolución*⁸, que demolía verbalmente todas las alternativas que no fuesen aquella fantástica versión de los “doce hombres”, el “pequeño motor”, que ponía en acción el “gran motor” -que se multiplicaban hasta el triunfo.

Más una vez la historia parecía avanzar irreversiblemente. En cuanto en Brasil el apelo a la dictadura parecía una confesión de incapacidad del capitalismo para continuar administrando sus intereses en democracia, Cuba, aquí cerca, en América Latina, reafirmaba la verdad de la revolución rusa: que la ruptura con el capitalismo era posible aún en países atrasados de la periferia capitalista.

La década de 1960 parecía venir a confirmar todo eso: el triunfo de los argelinos dirigidos por Ben Bella -una especie de Fidel del África-, la imbatible resistencia de los vietnamitas y la extraordinaria solidaridad mundial que recibieron para demostrar que un país pequeño podía derrotar la mayor superpotencia capitalista, si su causa fuese justa. Las barricadas de los movimientos estudiantiles revolucionarios de 1968 en París, y sus similares en Alemania, Japón y México, daban a nuestra propia resistencia la inserción en un movimiento mundial que encontraba su legitimidad también con lo que de mejor existía en el plano intelectual -de Sartre a los Beatles, de Chico Buarque a Evtuchenko.

El “campo socialista”, a su vez, parecía ampliarse irreversiblemente, con la incorporación de Cuba, de Vietnam, y hasta con las divergencias entre China y la Unión Soviética. Este parecía, incluso para los ojos de los “soviétólogos” norteamericanos, un régimen de una solidez inexpugnable, se gustara o no de su modelo. La teoría del totalitarismo, surgida frente al nazismo y actualizada para los regímenes soviéticos, confirmaba esto, al suponer que regímenes como el soviético eran tan blindados para las contradicciones internas - tal sería su carácter “policial”- que el combate al régimen tendría que ser hecho desde afuera. Aún así, ni los más exaltados combatientes de la Guerra Fría ni los Estados Unidos podrían pensar que la Unión Soviética desaparecería, en gran parte víctima de implosión.

El régimen soviético parecía fundado en un pacto social entre el régimen y la masa de la población, en el que el primero garantizaba derechos básicos -comenzando por el pleno empleo-, recibiendo a cambio la legitimidad de la población que le transfería su representación política. Este pacto comenzó a corroerse debido a las influencias de los modelos de consumo occidentales y la satisfacción de las necesidades básicas de la población que fueron elevándose hacia requisitos de consumo más sofisticados, y que el régimen no tenía condiciones para atender macizamente, hasta por no poder conseguir imprimir un dinamismo mínimamente comparable al de las economías capitalistas en esos ramos de su industria y del sector de servicios. Por otro lado, la prolongada estagnación de la economía en el período Brejnev fue también deteriorando la calidad de los servicios básicos del Estado, en cuanto crecía -después que la invasión de Checoslovaquia en 1968 liquidó la última tentativa de reforma democrática del socialismo, dando lugar a oposiciones liberales y pro-capitalistas a partir de entonces- la oposición de derecha al régimen que acusaba sus mecanismos represivos y falta de libertad.

La historia se transformó en el siglo XX dada la conmoción sufrida por la Primera Guerra Mundial. Ésta había sorprendido la “pax inglesa” reinante por casi un siglo. No obstante, la barbarie de la guerra explotó justamente en el “centro de la civilización” -que sería la protagonista de las mayores masacres del siglo-, callando las desconcertadas voces liberales que habían instaurado la oposición “civilización versus barbarie”, aún antes de la crisis económica de 1929. Sería la “civilización” imperial la que desataría y protagonizaría las dos grandes guerras del siglo -en realidad una única guerra, con un intervalo de preparación, que cubrió prácticamente el largo período de un tercio de siglo.

El congelamiento de la Guerra Fría entre las dos superpotencias, en que desembocó el extenso período bélico, parecía definir igualmente niveles difíciles de transponer, sobre todo por estar apoyados en el equilibrio nuclear entre las mismas. Los acuerdos nucleares y

